

# FRANCISCO MIRO QUESADA\*

## REALIDAD Y POSIBILIDAD DE LA CULTURA LATINOAMERICANA

### *El carácter sui generis de la situación latinoamericana*

En un sentido que nadie puede negar, América Latina pertenece al Tercer Mundo. Economía bipolar, estructuras socio-económicas de origen colonial, grupos de poder minúsculos y de enorme eficacia, crecimiento demótico exacerbado, son caracteres compartidos con las regiones subdesarrolladas de Asia y África. Pero en otro sentido ocupa una situación diferente. Porque cuando, como resultado del impacto de la Cultura Occidental, comienzan a formarse esas realidades sociales que se transformarán, con el tiempo, en el Tercer Mundo, América Latina tiene una realidad humana y social diferente de las otras regiones conquistadas. Los grandes países asiáticos como India y China eran poseedores de grandes culturas, comparables y hasta superiores en algunos aspectos a la Cultura Occidental. África, en cambio, no había creado un sistema complejo de formaciones culturales. Fuera de creaciones estéticas notables, no había desarrollado aún instituciones sociales de vastos alcances ni formas elaboradas de pensamiento abstracto. Sólo en el Norte la cultura islámica había producido formaciones importantes análogas a las asiáticas.

En nuestros países, la situación era intermedia. Existían culturas evolucionadas pero no tan complejas como las asiáticas. La cultura maya es la que más avanza en el pensamiento abstracto, pero sin culminar en una verdadera filosofía, mientras que la cultura andina alcanza niveles que sorprenden en el aspecto social, pero queda en estado elemental en el campo del conocimiento. El estado "intermedio" en la evolución cultural andina y mexicana hace que su resistencia a la "agresión cultural", sea diferente de la de las otras culturas sojuzgadas. Las grandes culturas asiáticas, debido a su complejidad y a su fuerte grado de desarrollo, presentan una fuerte resistencia al impacto occidental. Al lado de un pequeño grupo de extranjeros que viven dentro de los moldes occidentales, existe una inmensa realidad cultural con moldes propios que resisten el impacto. Desde luego, debido al proceso de occidentalización progresiva del mundo que se inicia en el siglo XVIII, todas las regiones del mundo sufren modificaciones impuestas por la dinámica de la cultura europea. Pero son modificaciones dentro de marcos sólidamente instalados en una tradición incommovible. Los sistemas religiosos y jurídicos, las valoraciones y las vigencias colectivas, no sólo resisten al Occidente sino que muchas veces, como reacción natural, se afianzan y se agudizan.

La realidad africana es considerada como "demasiado primitiva" por los occidentales, que no se dan el trabajo de enfrentar su sistema con los pequeños sistemas existentes. La realidad humana y cultural es considerada como puro instrumento, como materia de "factoría". Los dos elementos, el agresor y el autóctono, quedan netamente separados: un pequeño grupo de occidentales indiferentes a la realidad cultural que los rodea y una masa que ve desde

lejos formas extrañas y amenazadoras de vida. Apenas si los nativos tratan de utilizar, en ocasiones especialmente favorables, aspectos puramente pragmáticos de la nueva cultura.

Si además de estas circunstancias se tiene en cuenta que en su mayor parte, las regiones mencionadas son conquistadas por elementos no ibéricos que tienden a permanecer aislados, se comprenderá el hecho notable de que, en Asia y África la cultura occidental y las culturas autóctonas hayan permanecido lado a lado sin influirse de manera profunda y que, por esta razón, las segundas hayan mantenido, a pesar del proceso de occidentalización, sus rasgos más característicos. Incluso en África del Norte, en donde existía una cultura "fuerte" en el momento de la agresión europea, se mantiene una separación notable de los factores humanos y culturales.

Muy diferente es la situación en América Latina. La tendencia al mestizaje del temperamento ibérico, la pasión misional de los conquistadores, la menor resistencia al impacto de las culturas andina y mexicanas debido a su estado "intermedio" de evolución en las formaciones abstractas, religiosas e institucionales, hacen que se forje una realidad cultural de tipo completamente nuevo. Mediante una fusión en la que predominan los moldes occidentales, pero en las que hay matices que reflejan integrantes esenciales de las culturas autóctonas, surge una nueva realidad. En Asia y África, después de haberse instalado definitivamente los occidentales podrían haberse retirado sin que se hubieran producido mutaciones culturales profundas. En América Latina la anulación de los elementos occidentales habría destruido el sistema. América Latina es una formación cultural nueva, que nace como resultado del impacto en Europa sobre la realidad autóctona. Es un resultado de dos factores y no puede existir si falta uno de ellos.

### *Una cultura excéntrica.*

El hecho de ser una realidad en la que el Occidente está encarnado produce una consecuencia notable. La intervención de los factores occidentales es una intervención jerarquizada. La nueva realidad, aunque no totalmente reducible al Occidente, contiene una escala de valores fundada en la "superioridad" del agresor<sup>1</sup>. Como en toda realidad conquistada, los valores de la cultura agresora son impuestos en la cúspide de la jerarquía. El Occidente brilla como la fuente de lo valioso y superior. Lo autóctono, que mantiene a veces sus vigencias con un vigor que asombra, es considerado como "inferior". La nueva realidad, aunque unitaria, está volcada hacia Occidente. Sus creaciones culturales se inspiran en la vieja Europa, miran hacia ella. Es cierto que las masas sojuzgadas, en el abandono y el aislamiento, crean formas deslumbrantes con las que expresan su condición humana. El arte y el folklore matizan la nueva cultura de manera permanente. Pero en esa misma realidad,

\* Peruano. Titular en Filosofía Prehispánica en la Universidad de San Marcos, Lima



como parte esencial de su dinámica creadora, surgen creaciones de tipo occidental. Una parte apreciable y activa de la población, aquélla que ocupa los lugares más altos de la jerarquía, considera que la meta más alta que se puede alcanzar es *ser como los europeos*.

Por eso, apenas constituida, la cultura latinoamericana asume vigencias y modelos de una realidad diferente. De esta manera se constituye como una *cultura excéntrica*. Las pautas y modelos dentro de los que orienta sus creaciones, los valores y vigencias que impulsan sus fuerzas creadoras no han sido creados por ella misma, sino que han sido importados. Desde que nuestra realidad comienza a constituirse en los primeros años de la Colonia, nuestra cultura comienza a ser excéntrica. Cuando América Latina se independiza de España y Portugal, su carácter de excentricidad es ya constitutivo. Pero por el hecho de haber roto con la metrópoli, su carácter excéntrico y “eurotrópico” se torna aun más punzante y dramático.

#### *El ideal de autenticidad*

El fenómeno de la independencia revela la existencia de una voluntad de ser sí mismo. Al romper con la metrópoli los latinoamericanos expresan la decisión de crear una realidad nueva que no dependa de aquellos a quienes han rechazado. Mas a pesar de esta decisión les es imposible romper con los moldes occidentales. Para lograr la independencia han tenido que utilizar ideas y sistemas filosóficos, jurídicos y políticos venidos de Occidente. Y para forjar la nueva realidad han tenido que tomar modelos creados por los occidentales. Se toman instituciones creadas para organizar una realidad diferente y lejana y se aplican al pie de la letra a la propia circunstancia. Con la Independencia la excentricidad no sólo no disminuye sino que se intensifica. Porque durante la colonia los moldes occidentales son impuestos, mientras que después de la Independencia son elegidos.

Hay además otra diferencia. Durante la Colonia las instituciones se crean para favorecer a los europeos y a sus descendientes. A pesar de su carácter impositivo, a pesar de que desgarran la vieja realidad cultural y humana, tienen sin embargo una relación directa con el medio. Las instituciones, aunque inspiradas en su mayor parte en la realidad europea, adquieren caracteres originales porque tienen que resolver una situación efectiva: la necesidad de afianzamiento del grupo dominante. Para lograr esta finalidad los conquistadores y sus descendientes adaptan las instituciones europeas y utilizan a veces las propias instituciones indígenas produciendo así curiosas —y a veces hasta admirables— formas de mestizaje cultural. En cambio los hombres de la Independencia proceden de manera artificial. Para forjar la nueva rivalidad con que sueñan utilizan sin ninguna sutileza los moldes europeos. El

eurotropicalismo natural del mundo a que pertenecen y las circunstancias del propio proceso independentista, hacen que se tomen moldes europeos que nada tienen que ver con su propia realidad. El prestigio de Occidente es tan grande que les produce la impresión de que sus instituciones pueden aplicarse con independencia del tiempo y del espacio. Así, al independizarse de Europa, se someten más a ella, porque la copian de manera cada vez más dogmática y servil.

Se va acentuando, así, el carácter *inauténtico* de la Cultura Latinoamericana. Porque desde que comienza a formarse sus creaciones comienzan también a tener un sentido diferente del que le atribuyen sus creadores. La religión habla de amor pero se utiliza para amenazar con el infierno a los indios rebeldes, la justicia del rey se proclama con majestad, pero sólo se utiliza para consolidar la injusticia. Toda la vida institucional pretende estar al servicio de altos principios, pero no es sino un instrumento de dominación. Las creaciones artísticas e intelectuales sufren también de un cambio de sentido. La producción intelectual es débil, no alcanza la auténtica creación que persiguen o pretenden sus autores. Las creaciones artísticas pretenden basarse en pautas occidentales, pero se deforman, salen diferentes de lo que habían querido ser. Después veremos que esta inautenticidad del arte es un factor positivo que conduce a la autenticidad. Pero sólo en el arte. En los demás aspectos la inautenticidad se va acentuando conforme las instituciones se anquilosan y las nuevas generaciones, por el hecho de estar más instaladas en la realidad americana, ven a Europa de manera cada vez más ideal y perfecta. Como consecuencia de la inautenticidad el proceso cultural comienza a carecer cada vez más de “consistencia”. Durante la Colonia las instituciones funcionaban con cierta eficacia. Muchas de ellas habían surgido como necesidades imperiosas del grupo dominante. Pero cuando se inicia la era republicana la artificialidad de las instituciones impide su buen funcionamiento. Nuestros gobiernos tienen estructura democrática, pero la democracia no existe de manera precisa. Nuestros sistemas legales no pueden cumplir sus cometidos, nuestros centros de enseñanza no logran impartir los conocimientos que se proponen. Nuestros hombres de ciencia, nuestros filósofos, no manejan a fondo los conceptos que necesitan para elaborar sus teorías. Hay desde luego notables excepciones, pero se trata de individuos aislados. El sistema en sí es lo que falla y lo que hace fallar a sus hombres. Como consecuencia de este proceso el hombre latinoamericano comienza a sentir que lo que él hace no responde a sus intenciones, que las instituciones dentro de las que actúa no permiten que su acción culmine, que su realidad es una realidad disminuida, una mala copia de otra realidad deslumbrante y verdadera, el mundo en que vive se le presenta como “des-sustanciado”, sin consistencia propia, incapaz de crear, incapaz de ser sí mismo.



Y naturalmente, por ese sólo hecho, comienza también a nacer el ideal de autenticidad. Al darse cuenta de que no es auténtico, el latinoamericano quiere ser auténtico, al comprender que su mundo en una mera copia, comprende también que jamás podrá resignarse a vivir en él, y decide transformarlo en un mundo real y verdadero, capaz de crear de acuerdo con sus propias pautas y sus propios valores.

Es difícil saber cuándo se toma conciencia de este ideal. Tal vez los primeros síntomas están en las rebeliones de los primeros tiempos. Tal vez en la rebelión de Gonzalo Pizarro encontramos los primeros gérmenes inconscientes. Pero lo que sí es seguro es que hacia finales del siglo XVIII, cuando la Colonia aún existía, el ideal de autenticidad emergía ya como proyecto de algunas élites culturales. Seguramente influyó de manera decisiva en esta toma de conciencia el desprecio explícito de los europeos del siglo XVIII por todo lo americano.

Aunque en un comienzo los conquistadores admiran sinceramente la realidad descubierta, y cronistas como Cieza de León afirman que las instituciones y las costumbres de los indios son en ciertos aspectos superiores a las europeas, conforme se va afianzando la Colonia, los europeos comienzan a verla negativamente. La enorme influencia de Garcilaso mantiene el prestigio de América durante un tiempo, pero a fines del siglo XVII y en el siglo XVIII el desprecio se ha impuesto como norma general.<sup>2</sup>

Buffon es uno de los primeros en manifestar el desprecio. A pesar de su genio científico, sostiene con vehemencia la superioridad del medio europeo sobre el americano. Los animales del viejo mundo son fuertes y responden a su tipo, mientras que los animales del Nuevo Mundo son débiles y no encarnan debidamente el paradigma. Lo mismo se puede decir de los hombres.

Los hombres de la Ilustración siguen la misma línea. Hume sostiene que el hombre de los trópicos es inferior al de las regiones templadas, lo que redundaría en contra del hombre americano. Es cierto que su genio filosófico lo induce a situar el origen de la inferioridad en factores sociales y económicos, no en la propia naturaleza humana. Pero sus opiniones contribuyen a crear la corriente general de desprecio hacia el hombre americano. Voltaire, que se inspira en los indios para algunos de sus cuentos filosóficos, comete sin embargo algunos pecadillos. Se burla de los hombres sin barba que hay en América y de los leones cobardes. Y Marmontel que se erige en defensor de los indios, llega a decir que los defiende porque son débiles física y moralmente.

Pero de todos los detractores del natural americano, fue el abate De Paw el que más contribuyó a crear la conciencia del ideal de autenticidad. En un famoso libro titulado *Investigaciones filosóficas sobre las Américas* publicado en Berlín en 1776, ataca y vilipendia en todas las formas al hombre y a la cultura y a la naturaleza del Nuevo Mundo. La naturaleza es desagradable y

decadente. Los indios son degenerados. Hasta el hierro americano es inferior al europeo. En su pasión antiamericana llega a negar la existencia de las notables ruinas que revelan la grandeza de nuestras culturas originarias.<sup>3</sup>

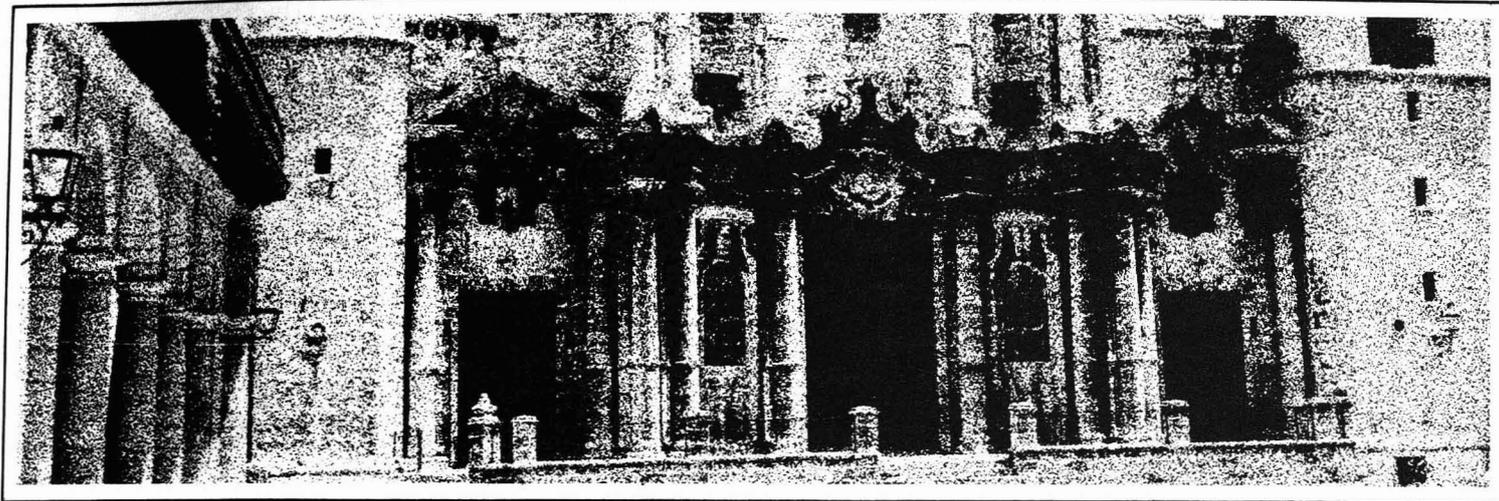
El libro de De Paw desató una ola de indignación en América del Sur, en América Central y en México. Es muy interesante observar cómo los intelectuales de la época se esfuerzan por demostrar la autenticidad de la cultura creada por ellos. Así, en el Perú, José Manuel Dávalos defiende las "glorias científicas" de la Universidad de San Marcos. Y el famoso Unanue, en sus *Observaciones sobre el clima de Lima* sostiene que De Paw ha contribuido a hacer reaccionar favorablemente a los peruanos, lo que ha producido a su vez un "admirable" progreso de las ciencias exactas en Lima.

Se observa en estas expresiones el deseo intelectual de contribuir auténticamente a la creación de cultura, no como mera copia sino como contribución original. Desde esta época y a través de todo el siglo XIX hasta nuestros días, el afán de autenticidad se hace cada vez más consciente y general. En algunos casos como en el arte, la ciencia y la filosofía, las tres creaciones culturales más elaboradas y conscientes, llega a ser un verdadero proyecto colectivo. Los latinoamericanos deciden emprender una lucha denodada contra la inautenticidad de un mundo que los disminuye y sofoca. Es como si quisieran demostrar que a pesar de las predicciones de Hegel, América Latina no ha perdido su turno en la historia. La aplastante autoridad de Hegel, que niega a América la posibilidad de encarnar el logos, de ser portadora del espíritu, es negada a través de la propia afirmación.

#### *La vía del arte*

Los primeros y mejor logrados brotes de autenticidad cultural son creaciones artísticas. El folklore de la población autóctona ilustra, de manera directa, la condición de las masas sojuzgadas. Utilizando elementos tradicionales y elementos importados, tanto en los instrumentos y en las técnicas musicales como en las vestimentas, el pueblo expresa su repudio al conquistador. Por medio de bailes y de representaciones de increíble originalidad, los humillados expresan su voluntad indoblegable de liberación. La inautenticidad no existe en estas expresiones y logra hacerlo de manera admirable. Y a través de esta impresionante manifestación, tal vez la única auténtica, en ningún aspecto permite a los que buscan la autenticidad encontrar una fuente de autenticidad humana.

En las otras manifestaciones artísticas, la inautenticidad se presenta de diversas maneras. En la arquitectura y la pintura religiosas se enseñan las técnicas europeas a los elementos nativos, y los productos no pueden ser iguales a los lejanos modelos. Los artífices autóctonos cambian las técnicas, tratando de aplicar las



pautas aprendidas crean objetos distintos de los exigidos por sus maestros. Mas al hacer esto logran expresar sus propias valoraciones y vigencias. Y se da, así, el caso paradójico de que la inautenticidad cultural, la aceptación de modelos pertenecientes a una realidad extraña, conduce a la autenticidad. Si los artífices nativos hubieran logrado dominar las técnicas occidentales de manera perfecta, habrían sido incapaces de crear obras de carácter original. La perfección de la copia habría producido admiración a los contemporáneos, pero no habría significado ningún aporte al mundo de la cultura, mas al no poder dominar las técnicas, dejaron un resquicio a la propia expresión. Nace así un barroco extraordinario, que sin dejar de ser barroco según las pautas impuestas, es sin embargo diferente del modelo original. En la pintura, nuestros artífices son incapaces de aplicar bien las leyes de la perspectiva, pero en cambio expresan con una ingenuidad a la vez deliciosa y desconcertante la ternura, el deseo de protección y las marejadas de rebeldía que estremecían sus almas atormentadas.

Este brote de originalidad fue posible porque en el arte el dominio de la técnica es un factor secundario. La técnica es desde luego importante, y si no se domina a fondo, no puede producirse cierto "tipo" de arte, como por ejemplo las pinturas realistas del Renacimiento europeo o las sinfonías alemanas de fines del XVIII y del XIX. Pero no es imprescindible dominar técnicas complicadas para poder expresar, mediante las formas sensibles, la realidad humana profunda. Por eso, a pesar de no dominar las depuradas técnicas occidentales, los artífices de nuestras tierras logran expresiones extraordinarias. Por lo mismo que vivían una existencia disminuida, por lo mismo que habían sido negados, fueron capaces de expresarse en grande. El arte fue para ellos la mejor manera de afirmarse. Y por eso también, a pesar de que su arte empleaba técnicas que no dominaba, fue, junto con el folklore, la primera expresión auténtica de nuestra cultura.

Al lado de este arte de origen popular, en el siglo XIX América Latina produce un arte de corte europeo. En la pintura hay algunas figuras importantes, pero se reducen a repetir moldes impuestos. En las letras se avanza tal vez más lejos, pero lo propio se reduce a lo anecdótico y los criterios europeos siguen imponiendo cauces formales y materiales. Mas, a través de la toma de conciencia de la inautenticidad de nuestra realidad, se va afianzando la voluntad de cambiarla. El latinoamericano descubre el horror de su mundo, y siente profunda desazón al contemplar su desquiciamiento, la superficialidad de las creaciones de los privilegiados, la inhumanidad en que viven los sojuzgados. Es necesario denunciar este mundo para cambiarlo y para liberar las fuerzas creadoras que pugnan por expresarse. Así, el arte se torna denuncia. Denuncia inconsciente a veces, a través de una mera descripción impresionista de costumbres, o consciente a través de obras pictóricas, poéticas o noveladas que gritan la indignación y la

rebeldía del artista frente a una realidad que no puede soportar por más tiempo. Este nuevo proceso culmina en la primera mitad de nuestro siglo con la pintura y la novela indigenista, y con un tipo de poesía revolucionaria típicamente latinoamericana.

El muralismo mexicano es la más señera expresión de este arte que, al denunciar la inautenticidad de su mundo, alcanza una autenticidad tan intensa que se hace casi insoportable. Pero también encontramos expresiones vigorosas en Ecuador, el Perú y otros países. En cuanto a la literatura, expresa con palabras lo que los pintores expresan con la forma y el color. El latinoamericano vive conscientemente su "inferioridad" frente a Europa, siente que su mundo es falso, absurdo e inhumano, que se funda en la humillación de los hombres y en la ineficiencia de los sistemas de valores y de las instituciones. Al vivir esta situación, se rebela contra ella y quiere afirmarse frente al Viejo Mundo que desde lejos lo humilla con su superioridad. Pero como no puede crear un mundo nuevo porque encuentra resistencias insalvables opta por denunciarlo. Al revelar la inautenticidad de su mundo, ha comenzado ya a superarla. Más allá de las técnicas, que con el tiempo ha logrado dominar, el escritor latinoamericano demuestra su originalidad desplegando un mundo sin originalidad, alcanza la verdad del arte, conjurando la aparición horrenda de un mundo falso.<sup>4</sup>

Esta profunda relación entre la decisión de ser auténtico y la autenticidad del mundo que obliga a tomar esa actitud, explica por qué América Latina ha producido el enjambre más nutrido de novelistas y de poetas social realistas que jamás haya existido. La orden de combate es: hay que liberarse de un mundo falso e inhumano, y la única manera de hacerlo es denunciarlo. Los dos más grandes poetas latinoamericanos del presente siglo, Neruda y Vallejo, inician la gran tradición revolucionaria que llega hasta nuestros días. En los últimos tiempos la marejada comienza a calmarse. Algunos poetas regresan al lirismo, otros como Alejandro Romualdo, manteniendo la tónica revolucionaria, tratan de empalmar la aventura social con la aventura cósmica y buscan nuevas formas poéticas que trascienden el caso de su particular realidad. Ello podría significar que los latinoamericanos han sobrepasado ya la época de la denuncia y comienzan a vivir la época de la praxis.

En cuanto a la novela, presenta dos etapas netamente discernibles. En la primera la denuncia se concentra en la injusticia de la situación social, en la humillación, el abandono, la explotación que sufren las grandes masas olvidadas de origen autóctono.<sup>5</sup> Es la época del gran indigenismo, la época de Miguel Angel Asturias, Ciro Alegría, Rómulo Gallegos, Alcides Arguedas, Jorge Amado, Jorge Icaza.

En la segunda no se denuncia ya la humillación de los olvidados, sino se despliega la realidad entera, el sistema integral. En novelas como las de Cortázar, García Márquez, Vargas Llosa, Rulfo y otros, se "desconcentra" el argumento y se pasa de la



denuncia contra los opresores y la defensa de los oprimidos, a la descripción global del sistema. El sistema se describe mediante técnicas literarias depuradas, en el juego de sus innumerables dinamismos. La humillación y la opresión quedan reducidos a casos particulares de la realidad. Pero al revelar la realidad en su totalidad, al desplegar su dinamismo galáctico, se denuncia también de manera tal vez menos perceptible, pero más radical, todos sus absurdos e inautenticidades. Uno de los casos más impresionantes es el de *Cien años de soledad* de García Márquez, en el que se nos revela la inautenticidad de la guerra civil de un país sudamericano.<sup>6</sup>

Algunos novelistas, como José María Arguedas, ocupan una posición intermedia. Son indigenistas por el contenido, pero globales por la intención. A través del indio, no ven solamente la opresión de un grupo en un país determinado, sino se elevan a una denuncia radical en contra de todas las opresiones y al anuncio de un mundo nuevo fundado en valores humanos. Al desplegar el sistema y elevarse a lo universal, los nuevos novelistas latinoamericanos se afirman frente a una realidad concreta que los oprime con su inautenticidad, y tal vez por eso mismo logran un impacto especialmente eficaz. Para resolver el problema que se plantean, la superación de una realidad falsa a través de una descripción total del sistema, han debido crear técnicas expresivas originales y han alcanzado la primera plana de la novelística mundial.

### *La vía filosófica*

El pensamiento abstracto se desenvuelve en condiciones contrarias a las del arte. El arte debe, en general, utilizar la técnica, pero puede realizarse empleándola en forma incipiente y hasta sin ella y contra ella. En cambio el pensamiento abstracto necesita esencialmente de la técnica, en el sentido de que existe una disciplina del pensamiento sin la cual éste no puede constituirse. Es imposible realizar contribuciones interesantes en el campo de la matemática si no se dominan las teorías sobre las que se hacen las contribuciones. Lo mismo sucede en filosofía. Es imposible comprender a fondo a un filósofo actual sin comprender a los filósofos que le han antecedido, y de esta manera se llega hasta el origen helénico. Pero este origen no puede comprenderse si no se domina el griego. Hay así una técnica, una ascesis del pensamiento, que si bien no interviene en su contenido, es imprescindible para su constitución. El pensamiento es libre en la creación, no hay reglas que le indiquen las grandes soluciones. Mas para llegar a esta posibilidad creadora tiene que haberse sometido a una rigurosa y a veces mortificante disciplina.

Por esta razón la inautenticidad característica de la realidad latinoamericana se manifestó con especial persistencia en el campo

del pensamiento abstracto. Y por eso también ha sido en este campo en donde se ha tomado conciencia de ella con mayor claridad. Sería demasiado largo abordar el tema de la ciencia. Bástenos decir que los ejemplos de reacción contra los escritos de De Paw que hemos mencionado, muestran cómo, en los mismos inicios de nuestra vida republicana, existía ya el afán de creación y de originalidad, es decir de autenticidad. Toda la ciencia latinoamericana, tanto en sus aspectos exactos y naturales como sociales, se ha desarrollado bajo el proyecto de alcanzar la autenticidad. El ideal de nuestros científicos ha sido el de contribuir, al igual que los europeos, al progreso de la ciencia, es decir, hacer ciencia verdadera. La historia de la ciencia latinoamericana abunda en ejemplos de teorías mal asimiladas, de contribuciones copiadas o simplemente absurdas. Y al seguir su evolución se observa cómo, poco a poco, a través de un esfuerzo extraordinario de tecnificación, comienza a alcanzar la etapa de la autenticidad en la que, efectivamente, los investigadores comienzan a hacer contribuciones de verdadero interés científico. Las ciencias sociales, al encontrar un campo propicio de desarrollo, estudiando la propia realidad, progresan más rápidamente que las exactas y naturales. Como en el caso del arte, aunque parezca paradójico, avanzan hacia la autenticidad, estudiando la realidad inauténtica en donde se constituyen. En los últimos años comienzan a abundar los estudios sobre las "oligarquías" y los "grupos de presión", que al describir con rigor científico nuestra realidad, contribuyen a denunciarla con una eficacia diferente de la denuncia literaria, mas no por eso menos efectiva.

La ciencia no podía seguir sino un camino: el del rigor. Hacer ciencia auténtica es adentrarse en el conocimiento de la realidad con métodos que permitan avanzar de manera segura. Por eso la ciencia latinoamericana persigue la autenticidad a través de la tecnificación. Pero la filosofía tiene mayores posibilidades. Porque aunque es también un conocimiento y en consecuencia no se puede constituir sin una "ascesis" intelectual, persigue además la realización de valores, tiene un carácter de exigencia y de proyección, la filosofía no sólo pretende conocer el mundo sino decir además cómo debe ser. La filosofía latinoamericana sigue, por eso, una doble vía a través de un proceso apasionante de toma de conciencia de la propia inautenticidad.

En un comienzo no es sino una mediocre copia de la teología occidental. Hay pensadores de talento, pero la pobreza del ambiente impide una verdadera creación. Llegada la era republicana, el caos de los primeros años impide el florecimiento especulativo. Luego, hacia fines del siglo pasado, la mayoría de los países latinoamericanos comienzan a interesarse por la filosofía. El impacto del movimiento positivista remueve nuestras playas. Y de acuerdo a las pautas impuestas por el carácter excéntrico de nuestra cultura, nos llega como un producto importado. Nuestro

crecimiento natural se expresa en una ampliación de los estudios universitarios. Como se enseña filosofía en Europa, en América Latina también debe enseñarse. Como el positivismo domina el horizonte, América Latina se vuelve positivista. Desde luego hay otras tendencias, pero las variantes son las europeas.

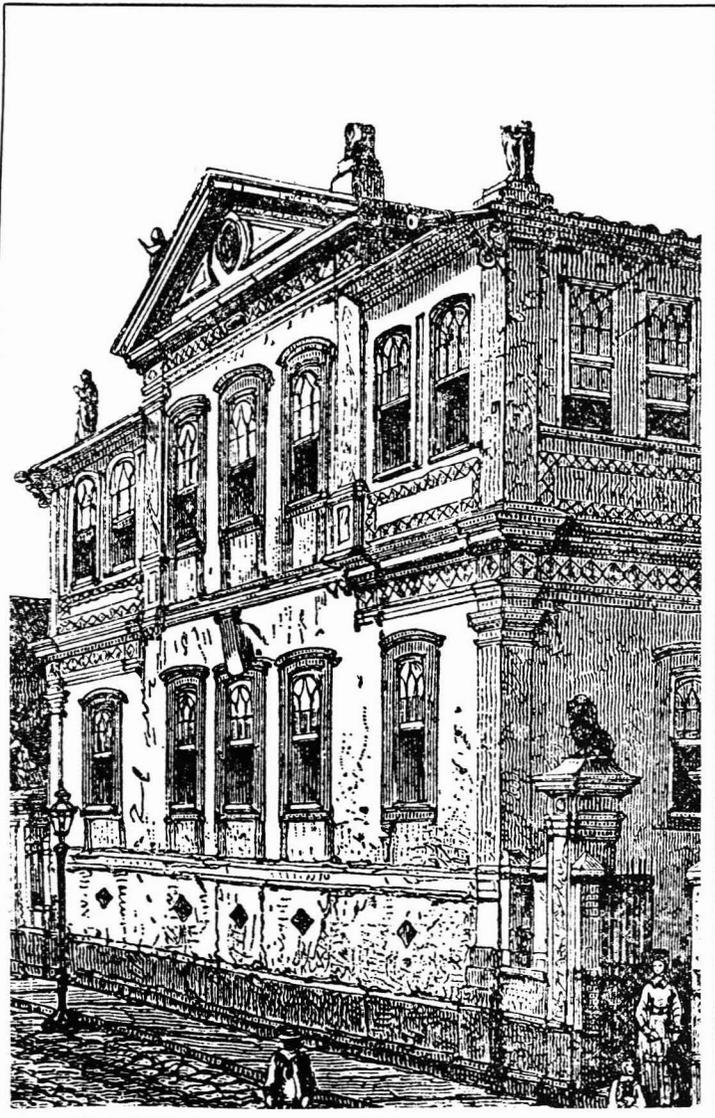
Los primeros maestros, algunos de los cuales tienen gran talento, carecen de los instrumentos técnicos necesarios. Leen a Comte y a los clásicos sin adecuada formación científica y no pueden, por eso, llegar al fondo de las cosas. Carecen de formación humanista. Se produce por eso lo que hemos llamado la experiencia del "desenfoco". La filosofía europea se nos aparece "fuera de foco", no se la capta con precisión. Los discípulos de estos primeros filósofos latinoamericanos, por el hecho de haber tenido maestros, toman conciencia del desenfoque y deciden superarlo. Es la época de la tecnificación. Francisco Romero, la figura más importante de la época, inicia un verdadero movimiento de tecnificación. Crea la conciencia de nuestra inautenticidad filosófi-

ca. Predica la necesidad de rigORIZAR la formación histórica, humanista y científica. Los futuros filósofos latinoamericanos, como los europeos, habrán de tener adecuada formación en la historia de la filosofía, en griego y latín, en las ciencias exactas y naturales, en las ciencias sociales. Y entonces América Latina tendrá verdadera filosofía, que no sólo sea interesante desde un punto de vista académico, sino que corresponda a las exigencias de su propia circunstancia histórica. Así, Romero plantea con toda claridad el proyecto de autenticidad que caracteriza a la cultura latinoamericana. Al plantearlo filosóficamente contribuye de manera decisiva a la toma de conciencia general, a la revelación del proyecto como sentido histórico. Por la misma época Samuel Ramos en México, en una obra memorable, *El perfil del hombre y la cultura en México* descubre que en el mexicano hay un complejo de inferioridad característico, derivado de su situación frente a Europa. Su tesis se extiende de manera inevitable a toda América Latina.

Llegada a este punto, la filosofía latinoamericana adquiere una conciencia tan aguda de su situación que se plantea el tema de su posibilidad. Fenómeno probablemente único en la historia del pensamiento. A un filósofo occidental este tema le habría parecido un sinsentido. Para el occidental la filosofía es una afloración de su propia sustancia. Se filosofa porque se necesita filosofar. El pensamiento filosófico está enclavado en la historia como las raíces de la planta están enclavadas en el humus. Se puede rechazar la filosofía como actividad humana, se puede afirmar que no tiene sentido, que no puede ofrecer soluciones. Pero no se puede dudar de su autenticidad, porque es un producto propio.

Mas cuando la filosofía al igual que las instituciones, los sistemas de valores y las vigencias, es importada, cuando en lugar de crearse para responder a una necesidad histórica se practica porque se practica en una realidad superior, entonces el planteamiento de la autenticidad es inevitable. Al igual que el arte, nuestro filosofar llegaba a la autenticidad a través de la inautenticidad. El arte logró la creación original denunciando la inautenticidad, la filosofía analizándola, tomándola como problema.

Frente al problema, en cierto sentido pavoroso, de su propia posibilidad, la filosofía latinoamericana se bifurca. Un grupo de pensadores mexicanos en su mayor parte (aunque algunos sudamericanos siguen también este camino) plantea la tesis de que la única manera de hacer filosofía auténtica es filosofar sobre nuestra propia realidad. Otro grupo integrado sobre todo por sudamericanos (aunque también hay mexicanos que forman parte de él) sostiene que la única manera de hacer filosofía auténtica es filosofar sobre los grandes problemas de la filosofía universal y hacer contribuciones de significación. Sólo comprendiendo a fondo la filosofía clásica, la filosofía moderna y la contemporánea, sólo a través de una formación rigurosa en las ciencias necesarias para comprender los problemas filosóficos, se podrá obtener la prepara-



ción para filosofar con autenticidad. Entonces, aunque la filosofía latinoamericana versará sobre problemas típicamente filosóficos, adquirirá su propia personalidad. Mas no porque sea distinta de la europea sino por la calidad de sus contribuciones.

Podríamos llamar *regionalista* al primer grupo y *universalista* al segundo. La polémica que se inicia entre ambos grupos es de alto interés. No creemos exagerar al afirmar que su conocimiento es una de las claves más importantes para desentrañar el sentido de la cultura latinoamericana. Es altamente revelador seguir las creaciones del grupo regionalista. Leopoldo Zea es su gran figura. Convencido de que el filosofar latinoamericano debe comenzar por conocer su propia historia inicia una serie de trabajos sobre la historia de las ideas en América Latina. Su libro sobre la historia del positivismo en México y en América del Sur son ya clásicos. Pero es el análisis de la manera como el latinoamericano concibe su propio ser en función de un ser que la ha impuesto el europeo. A través de estos análisis, fundamentales en la historia del pensamiento latinoamericano, Zea rebasa el plano puramente filosófico y llega al plano ideológico. En una denuncia apasionada de la propia inautenticidad occidental, Zea abre las puertas para un replanteamiento de la situación latinoamericana y para una posible reconciliación con Europa.

Mientras tanto los filósofos universalistas siguen su camino de "asesis" teórica. La filosofía latinoamericana se tecnifica rápidamente, impulsada por el proyecto consciente de empalmar en el gran movimiento de la filosofía universal. Difícil es decir cuál será el resultado de esta tendencia que es la más generalizada hoy día. Pero lo que no se puede negar es que ahora la filosofía latinoamericana está en pleno crecimiento, con una producción creciente en cantidad y calidad y que comienzan ya a perfilarse algunos caracteres de estilo que imponen su sello a los análisis de problemas universales. Tal vez podría afirmarse que el filosofar latinoamericano se distingue por cierta panoramicidad que supera las limitaciones de escuela, por su tendencia al equilibrio en el tratamiento problemático, por una cierta capacidad de utilizar métodos rigurosos de análisis sin dejar de lado las tendencias especulativas.

#### *El humanismo, América Latina y el destino de Occidente.*

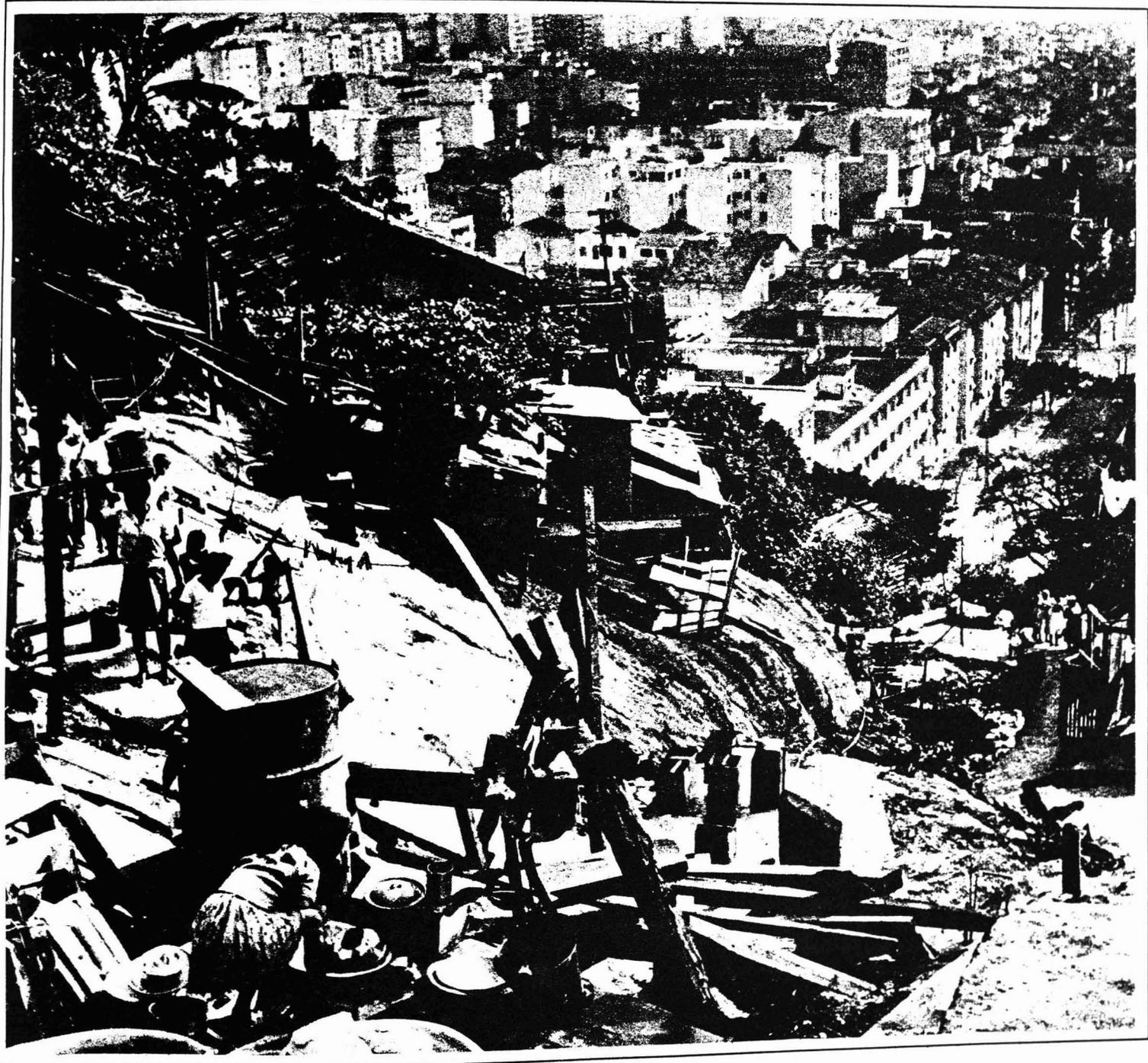
Una vez planteada la necesidad de meditar sobre la realidad latinoamericana, pensadores de diversas tendencias dedican sus esfuerzos al tema central: el hombre. Leopoldo Zea fue el primero en plantear y abordar el problema del ser latinoamericano como una tensión producida por el ser disminuido que le quiere imponer el europeo, y el afán denodado por sus planteamientos lo lleva a desarrollar el tema hasta sus últimas consecuencias. Algunos en forma independiente llegan a las mismas conclusiones. Pero de

manera general, el análisis del hombre americano se desenvuelve en el ámbito creado por Zea.

El latinoamericano ha nacido como realidad humana sojuzgado por la visión del mundo que le impusieron los occidentales. Desde la época de la conquista, los europeos lo redujeron a una condición minoritaria, le regatearon su ser, y en algunos casos se lo negaron. Los mestizos estuvieron reducidos a obedecer a la metrópoli y el indio fue un exiliado en su propia tierra. Algunos occidentales llegaron a dudar de que tuviera alma, es decir, de acuerdo con los criterios del tiempo, a dudar de que fuera hombre por eso. La única manera de ser hombre, para el latinoamericano, tenía que consistir en liberarse del sistema implacable en que lo había aprisionado el europeo. Y como este sistema le imponía el ser juzgado, la liberación tenía que ser, a su vez, un juicio. Juzgar el europeo, mirarlo con ojos acusadores, devolverle la misma negación que él nos impuso. Esta demolición de la cárcel que nos sumió en la inautenticidad se logró descubriendo un hecho muy simple: la inautenticidad del occidental.

El europeo también había sido inauténtico como nosotros. Y su inautenticidad había sido peor que la nuestra. Porque nosotros lo habíamos sido como resultado de una imposición, mientras que ellos lo habían sido por cuenta propia. Nuestra inautenticidad se debía a que, como resultado de la conquista, nos habíamos reducido a ser una copia del europeo. Pero el europeo había sido inauténtico con su propio ser, con el ser que nosotros habíamos tomado como modelo. Y al descubrir este hecho increíble, descubrimos también que la esplendorosa cultura que él había creado era un mero espejismo porque a pesar de su brillo y de su genio incomparables, no cumplía las metas que le daban sentido y consistencia. La cultura occidental fue primero cristiana y en nombre del amor sojuzgó a media humanidad. Luego fue humanista, democrática, universalista. Y en nombre de este humanismo, con el pretexto de "civilizarlos", de incorporarlos a su "cultura", utilizó a otros hombres como meros instrumentos económicos. Pero ser cristiano y ser humanista es la manera más elevada de ser hombre. Es reconocer que el ser del hombre es valioso en sí mismo, que el hombre es un fin en sí y que tomarlo como instrumento es negar su ser, reducirlo a la nada.

El Occidente fue, así, inauténtico en relación a su último fundamento. Al serlo, sus extraordinarias producciones quedaron como accesorios brillantes que no cumplían ninguna función esencial. Porque nada se consigue creando teorías en que la abstracción del pensamiento alcanza alturas insospechadas, sistemas jurídicos que proclaman la universalidad de la justicia, catedrales que parecen sinfonías, máquinas capaces de transformar el paisaje, mientras se niegue el ser de los hombres. La admiración que suscitan esas grandes creaciones, es anulada por el rechazo que produce el afán de lucro, la agresión y la rapiña. Si las grandes





creaciones de la cultura occidental no han servido para reconocer a los hombres, entonces no han servido para nada.

Al descubrir la inautenticidad del Occidente, América Latina descubre su propia autenticidad. Su condición disminuida, su falta de originalidad, su carencia de ser se debía a que fundaba su humanidad en una realidad diferente de sí misma, a que trataba de copiar algo que existía con independencia de ella. Pero ahora sabe ya que eso que trataba de copiar era inauténtico porque no correspondía a lo que pretendía ser. La práctica no correspondía a la prédica. En consecuencia la manera de afirmarse a sí misma era, precisamente, hacer lo contrario: afirmarse como realidad humana y a través de esta afirmación, afirmar a todos los hombres. Dejando de lado la beata imitación de Europa, América Latina debía buscar su ser no en el pasado ni en el presente sino en el futuro. Su ser debía ser su destino. Y su destino no podía ser sino uno solo: *el humanismo*.

Al afirmar su propio ser, al reconocer el valor de su humanidad por el sólo hecho de poseer la condición humana, América Latina descubre su realidad profunda. Dirige la mirada hacia las grandes potencialidades de su raza originaria, admira y aprecia lo que han sido capaces de crear esos hombres, primero en la opulencia de grandes imperios y luego, con mayor mérito, en la miseria y el abandono. Y comprende que el humanismo sólo podrá realizarse mediante el apasionado reconocimiento de esos hombres. Su arte, su folklore, sus costumbres, su humildad expresan lo mejor de lo humano. Y así los despreciados de ayer, los abandonados, los exiliados en su propia tierra, se transforman en los nuevos protagonistas de la historia.

En esta interpretación, el pensamiento filosófico se encuadra en el proceso natural de la realidad latinoamericana. Al desbrozar la oscura maleza que ocultaba el ser de los hombres y mujeres que integraban sus mayorías, revela de manera abstracta lo que habían revelado de manera concreta los artistas. En verdad, el descubrimiento filosófico del ser de América Latina como destino de realización humana, no es sino la culminación de un proceso que se inicia el día mismo en que los conquistadores destruyen las culturas autóctonas: el proceso de liberación que fluye como un río misterioso y subterráneo en toda realidad donde los hombres están oprimidos.

En América Latina la propia inautenticidad cultural impone especial sello a todas sus creaciones. Al principio es un anhelo inconsciente, luego una especie de cenestesia difícil de asir, que se va transformando en un afán consciente hasta culminar en una decisión denodada de afirmación humana. En las otras regiones del Tercer Mundo la opresión es tan real y a veces hasta peor que en América Latina. Pero en esta última la cultura, al tener su centro de gravedad fuera de sí misma, hace sentir a los hombres con especial intensidad una carencia de ser. El latinoamericano no sólo

ha estado oprimido, sino que ha visto su ser reducido a una copia. Por eso su voluntad de afirmación humana es denodada y total. Por eso su arte, su pintura, su poesía, su novelística, su filosofía, su ideología están transidas de humanismo.

El arte, por ser concreto, revela de manera paradigmática. El caso concreto nos remite a la realidad en su sentido universal. Pero incluso cuando se revela el "sistema" como totalidad, la denuncia no trasciende el "tipo" revelado. El planteamiento abstracto rebasa la realidad y al rebasarla impone, por ese sólo hecho, una exigencia de sustitución. La abstracción permite no sólo revelar paradigmas sino relacionarlos y compararlos. El pensamiento filosófico, a través de la abstracción, sobrepasa la situación y apunta hacia una nueva realidad. Por eso la filosofía latinoamericana cae en el planteamiento ideológico. No sólo denuncia la realidad existente sino que propone la forja de una nueva realidad. Si el sentido de la cultura latinoamericana es la plenitud del hombre, la realidad que debemos crear es una realidad humana, una sociedad que sea una "morada" para el hombre. Hablando el lenguaje de Perroux, el lenguaje que plantea, en nuestro concepto, la meta humanista de manera más rigurosa, el destino de América Latina consiste en crear una sociedad en que los proyectos de todos los miembros de la colectividad, confluyan hacia la plenitud final, hacia su realización compatible y completa.

Al encontrar en el hombre el sentido de su cultura, el filósofo latinoamericano se libera y rompe todas las amarras que le habían sido impuestas por los moldes occidentales. Rechaza todo tipo de "alineación cultural". La realización del hombre debe ser consistente, debe hacerse sin negar su propia plenitud en el camino. La meta de la liberación debe hacerse dentro de la libertad. Creemos que "humanismo consistente" es la expresión que condensa el pensamiento ideológico de la filosofía latinoamericana. Dentro de un abigarrado conjunto de tendencias y posiciones personales, los filósofos latinoamericanos coinciden en la meta última. Leopoldo Zea y Abelardo Villegas en México, influenciados por el humanismo francés; Ernesto Maiz Vallenilla en Venezuela, formado en el existencialismo alemán; Norberto Rodríguez Bustamante en Argentina, de tendencia historicista y de la escuela sociológica de Gino Germani; Arturo Ardao en Uruguay y José Cruz Costa en el Brasil, historiadores de las ideas y formados en un marxismo libre; Félix Schwartzman y Jorge Millas en Chile, de formación epistemológica el primero y justifiológica y sociológica el segundo; Augusto Salazar Bondy en el Perú, de formación fenomenológica, historiador de las ideas y actualmente en la filosofía analítica<sup>7</sup>, coinciden en lo fundamental; el destino de América Latina es la plenitud del hombre, la autenticidad de América Latina consiste en el reconocimiento humano, en la liberación. Este proceso entrañará la originalidad creadora, la verdad cultural en todos los campos.

Pero el descubrimiento de la inautenticidad de Europa no



significa de ninguna manera la ruptura con Occidente. Una vez en el ámbito occidental, ya no es posible salir de él. Pues si bien es cierto que Europa no fue capaz de realizar los grandes ideales humanos que ella misma había forjado y considerado como el sentido de su historia, no es menos cierto que fue capaz de forjarlos. Y al comprender que lo esencial residía en el reconocimiento humano y no en la imitación servil de contenidos culturales, América Latina no sólo seguía dentro de la órbita occidental, sino que era más occidental que nunca. Porque descubrir que el sentido último de las cosas reside en el hombre, comprender que todas las creaciones culturales son adjetivas, que lo único esencial es el hombre que las crea, tomar consciencia de que la importancia de las ciencias, de las artes, de las letras, del pensamiento filosófico, reside en su contribución al proceso de liberación humana que es la meta de la historia, es sinónimo, *estrictamente sinónimo*, con ser occidental. El descubrimiento de la inautenticidad de Occidente llevó a los latinoamericanos a comprender el sentido de la autenticidad de Europa y a apreciar en todo su valor la lucha secular de sus pensadores para lograr la realización de los grandes ideales humanos que ellos mismos habían forjado. América Latina, después de haber estado sojuzgada culturalmente por Europa, pero separada de ella en sus realidades y en sus posibilidades, se encuentran en el mismo camino. Occidente fue ayer el hontanar, el origen del sentido para América Latina. América Latina fue una cultura excéntrica, copia deslavada y pasiva de una realidad "superior". Pero al descubrir el sentido de su autenticidad en la afirmación del hombre, al liberarse de los modelos, de los sistemas y de las vigencias impuestas por los occidentales, logra penetrar en el corazón mismo de la cultura europea. El plantear la lucha por la liberación de los hombres como la fuente de su sentido y la meta de su historia, empalma con Occidente, entra junto con él en la órbita de un destino común. Cada cual en su circunstancia: Occidente tendido hacia un proceso de descolonización, de reparación material y humana hacia los pueblos que, negando su propio destino, sojuzgó; América Latina luchando contra el subdesarrollo, contra las arcaicas estructuras sociales y económicas de origen colonial, reivindicando a las grandes mayorías que desde siglos sufren desprecio y abandono. Cada cual en caminos convergentes hacia la nueva historia, hacia la historia que habrá de comenzar cuando haya terminado el proceso de reconocimiento humano que constituye la reconciliación definitiva entre Occidente y América Latina. Y en último término entre Occidente y el mundo entero. Entonces podremos cantar con Vallejo:

Se amarán todos los hombres

.....

Sierra de mi Perú, Perú del mundo

y el Perú al pie del orbe, yo me adhiero.

..Indio después del hombre y antes de él..

Y con Neruda:

...deja que en mí palpite como un ave mil años prisionera  
el viejo corazón del olvidado.

.....

Sube a hacer conmigo, hermano.

#### Notas

1 Las comillas indican claramente que la superioridad occidental es un producto de la arbitrariedad.

2 Hay desde luego excepciones, pero no bastan para neutralizar la norma.

3 Este proceso de negación de América por Europa, está muy bien expuesto en *Viejas polémicas sobre el Nuevo Mundo* de Gianni, editado por el Banco de Crédito de Lima.

4 Al insistir sobre el carácter de denuncia de la realidad latinoamericana no pretendemos afirmar que solamente el arte social realista es auténtico. Hay una serie de expresiones de la pintura, de la novela, del cuento, de la poesía que son de primera calidad, que son auténticamente artísticas y que no son social realistas. Basta citar a Jorge Luis Borges para convencernos de ello. Lo único que queremos mostrar es que cierto tipo de arte latinoamericano revela de manera especialmente significativa el afán de autenticidad que constituye uno de los caracteres más reveladores de nuestra realidad.

5 En algunos países como el Brasil, las masas están integradas por elementos autóctonos y de origen africano. Pero la situación es análoga a la de los países con trasfondo indígena. El proceso que conduce a la inautenticidad es diferente, puesto que existía allí, una cultura evolucionada. Sin embargo presenta rasgos comunes y no es difícil explicar por qué en el Brasil de la inautenticidad surge el afán de autenticidad. Pero hacerlo sería demasiado largo.

6 Alejo Carpentier puede ser considerado como pionero de este grupo.

7 Salazar Bondy acaba de escribir un libro titulado *La filosofía en América Latina*, en el que establece relaciones sumamente interesantes entre los fenómenos de inautenticidad y las culturas de "denominación".